

Los desiertos verdes de Colombia. Nación, salvajismo, civilización y territorios-Otros en novelas, relatos e informes sobre la cauchería en la frontera colombo-peruana

Álvaro Andrés Villegas

Becario del Doctorado en Historia

Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín

Dirección electrónica: alvarovillegasv@gmail.com

Villegas, Álvaro Andrés. 2006. "Los desiertos verdes de Colombia. Nación, salvajismo, civilización y territorios-Otros en novelas, relatos e informes sobre la cauchería en la frontera colombo-peruana". En: *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, Vol. 20 N.º 37, pp. 11-26.

Texto recibido: 16/01/2006; aprobación final: 09/03/2006.

Resumen. Este artículo reflexiona sobre algunas dimensiones de la producción de un imaginario sobre lo *amazónico* en Colombia. A través de la crítica cultural de dos novelas sobre la explotación cauchera (*La vorágine* de José Eustasio Rivera y *Toá. Narraciones de caucherías* de César Uribe Piedrahíta), de relatos de viaje, denuncias e informes oficiales escritos durante las cuatro primeras décadas del siglo xx, se plantea que lo *amazónico* fue construido dentro de un imaginario que establecía correspondencia exacta entre el supuesto salvajismo del territorio y el de sus habitantes, que simultáneamente negaba la contemporaneidad de los grupos indígenas. Lo *amazónico* se convirtió entonces en el revés de los espacios nacionalizados, dada la ausencia del Estado, el alejamiento de los núcleos urbanos de las cordilleras y la presencia de etnias aparentemente aisladas, puras, belicosas y prístinas. Este imaginario intensificó el deseo civilizador de la élite colombiana, en un proceso que llevó al ingreso al mercado capitalista de este territorio bajo una economía extractiva, en la cual la mimesis colonial se invertía y el colonizador se apropiaba del salvajismo del colonizado.

Palabras clave: Amazonia, civilización, salvajismo, nación, territorios-Otros, cauchería.

Abstract. This article reflects some dimensions of an imagery construction of the amazonic in Colombia, through the cultural critic in works like *La vorágine* of José Eustasio Rivera, *Toá. Narraciones de caucherías* of Cesar Uribe Piedrahíta, and another texts written during the first four decades of twenties century. It considers, that the Amazonian thing was constructed within an imagery that it established an exact accord between the supposed savagery of territory and of its inhabitants, and who simultaneously, denied contemporaneity of the indigenous groups. The Amazonian thing became then, in the reverse of the nationalized spaces, given the absence of the State, distance of the urban centres of mountain ranges and the presence of ethnic groups apparently isolated, pure, bellicose and primitive. This imagery intensified the civilizator desire of Colombian elite in a process that it justified the enter the capitalist market of this territory under an extractive economy in which the colonial mimesis was reversed and the colonizador took control of the savagery of the colonized ones.

Keywords: Amazonia, civilization, savagery, nation, territories-Others, rubber exploitation.

Introducción

Todos los territorios son imaginados, pero pareciera que algunos de ellos se redujeran exclusivamente a esta dimensión de la realidad. Son territorios que la mayoría de personas conocerán sólo a través de las representaciones que otros han producido sobre ellos y sus habitantes, las cuales los reducen a una fotografía, una página escrita, una pintura o un mapa, elaborados a través de convenciones tan inconscientes como poderosas, que hacen posible una serie de estereotipos sin excluir la posibilidad de la variación. Sin embargo, estas representaciones no deben ser consideradas como falsas en sí mismas: es más útil pensarlas como creaciones colectivas que hacen parte del sistema cultural y organizan la producción de sentido de las sociedades, permitiendo el decir y el hacer, tanto grupal como individual (Chartier, 1996a y 1996b; Durkheim, 1982; Durkheim y Mauss, 1971; Beriain, 1990).

En este artículo, las representaciones sociales se entienden

como formulaciones sintéticas de sentido, descriptibles y diferenciables, producidas por actores sociales como formas de interpretación y simbolización de aspectos clave de su experiencia social. [...]. De este modo, orientan y otorgan sentido a las prácticas sociales que esos actores desarrollan en relación con ellas, y son modificadas a través de tales prácticas (Mato, 2001: 133).

El conjunto complejo, real y dinámico de representaciones sociales, producido en una sociedad concreta a partir de tradiciones, creaciones y apropiaciones relativamente conscientes, que se transforman a diferentes ritmos, conforman el imaginario de una sociedad (Escobar, 2000). El imaginario no es pensado desde esta perspectiva como un reflejo, transparente o turbio, de la realidad, sino como un elemento estructural y estructurante de ésta y, por ende, constantemente manipulado y disputado; en definitiva, un objeto de lucha para amplios sectores de la población, pero sobre todo para los intelectuales (Bourdieu, 2001).

Podemos definir a los intelectuales como aquellas personas especializadas en apropiarse, producir y difundir representaciones sociales. Esta labor los acerca constantemente al mantenimiento, a la reforma o al rechazo del orden social y, por ende, a la política y al Estado (Sánchez, 1998 y Urrego, 2002). Los intelectuales operan como los legítimos legitimadores y productores de las posiciones de los grupos a los cuales pertenecen y, en esta medida, están enfrascados en la tarea de producir formas de visión y división legítimas, en cuanto legitimadas, del mundo, de los grupos sociales y de sus territorios (Bourdieu, 2001).

Los intelectuales hegemónicos a finales del siglo XIX y comienzos del XX en Colombia fueron los letrados urbanos, especialmente los gramáticos; pareciera incluso que la corrección idiomática hubiera sido un prerrequisito para el buen gobierno, como lo muestra la larga lista de altos funcionarios gubernamentales dedicados al mundo de las letras (Sánchez, 1998 y Urrego, 2002). El poder de los habitantes de la ciudad letrada no se ejerció solamente mediante leyes y decretos, sino también a través

de la elaboración de numerosos escritos que buscaban describir la realidad, velando que simultáneamente la estaban constituyendo y encauzando (Rama, 1984).

En el caso particular de la Amazonia, Pizarro (2005) ha identificado tres formas básicas de apropiación, de representación y de producción de esta región: las crónicas asociadas a la actividad conquistadora y misionera, los relatos de viaje de los exploradores naturalistas decimonónicos y las narraciones de caucherías articuladas a la polémica sobre la explotación cauchera en los comienzos del siglo xx. Estas tres modalidades se superponen a los discursos de autoridad, mediante los cuales González Echevarría (2000) ha considerado que las novelas latinoamericanas construyen su poder y niegan socarronamente su carácter de ficción. Estos discursos de autoridad apropiados por las novelas son, en primer lugar, la retórica legal que se articula a la función del cronista como escribano e informante de la Corona, la retórica del naturalismo propia del viajero científico y la retórica antropológica, preocupada por el lenguaje, el mito y las identidades étnicas y nacionales.

A pesar de ser consecutivas, estas modalidades no son excluyentes y, más que tratarse de estratos, estamos ante un palimpsesto en el cual sobreviven, recombinadas, representaciones de las diferentes modalidades y sus discursos de autoridad. Este artículo se ocupa de la última de estas modalidades revisando el diálogo cruzado entre dos novelas y varios relatos de viaje, informes oficiales y denuncias, todos ellos escritos en las cuatro primeras décadas del siglo xx. Es el objetivo de este texto dilucidar, aunque sea parcialmente, esta intertextualidad, tomando como excusa y como clave interpretativa los conceptos de nación, salvajismo, civilización y territorios-Otros.

La entrada de la civilización... y del salvajismo

Escribir esta obra, no es un acto de pasión ni de inquina, sino una manifestación al mudo lector y a los amigos que deseen conocer el comienzo de la entrada de la civilización a las tribus indígenas; pero también entró la ruina y exterminación de la raza. Por este tiempo muy pocos son los que habitan su tierra, están dispersos por el mundo como arenas que el viento levanta y posa en otros lugares (Tobar, 1990: 203).

Así comienza su versión de los hechos Aquileo Tobar, quien vivió, desde la frontera de su condición de hijo de una indígena uitoto y de un hombre blanco, la entrada de la civilización a los grupos indígenas de Putumayo y de Caquetá a través de la explotación cauchera. Estas palabras traen a la memoria la sexta tesis de filosofía de la historia del crítico cultural judío-alemán Walter Benjamin (1982), en la que recuerda que todo documento de civilización es a la vez un documento de salvajismo. Efectivamente, a finales del siglo xix y comienzos del siglo xx, el proceso de la civilización de la Amazonia no se caracterizó por el control de las pasiones sino por todo lo contrario: en esta zona, la creación y expansión de este proceso fue de la mano de la gestación y de la intensificación del salvajismo, lo que desembocó en

la conformación de un verdadero espacio del terror (Taussig, 2000), en un marco en el cual la integración periférica al mercado capitalista dentro de una economía extractiva tuvo como condición de posibilidad el ejercicio de la violencia sobre los chivos expiatorios de la modernidad.

Para académicos como Enrique Dussel (2000), Aníbal Quijano (1999 y 2000), Walter Mignolo (1999) y Cristina Rojas (2001), la modernidad implica una praxis violenta que se intensifica hasta niveles insospechados con la expansión del capitalismo. Esta praxis está justificada por el mito de la superioridad de la *civilización* —eurocéntrica— que obliga moralmente a los grupos e individuos autodenominados superiores a civilizar a quienes son representados como salvajes y bárbaros. Si éstos se oponen al proceso civilizador, deben ser forzados a aceptarlo, por su propio bienestar, en una dinámica en la cual las víctimas son imaginadas como inevitables o incluso como objetos de sacrificio en el altar del progreso, lo que determina la inocencia de la modernidad e incluso intensifica su carácter emancipador. La modernidad y sus correlatos político y económico, la nación y el capitalismo, necesitan, entonces, del sacrificio de la diferencia, pero este sacrificio no implica su disolución sino por el contrario la intensificación de su producción. En este artículo se plantea, entonces, que la constitución del Estado nacional colombiano, y seguramente de muchos otros, implicó la simultánea conformación de varios tipos de Otros, en el sentido de Bernard (2001) réplicas inversas o complementarias, pero siempre subalternas, de un sí-mismo definido justamente, por este contraste.

El proyecto de construcción de lo nacional genera un proceso simultáneo, complementario y contradictorio de homogeneización y de diferenciación poblacional y territorial (Villegas, 2005a). Esta tensión produce una ambivalencia constitucional en la forma en que se narra la nación, la cual está articulada en torno a dos momentos: un momento pedagógico, caracterizado por una temporalidad acumulativa y continuista que busca tejer relaciones transparentes entre la tradición y el pueblo, en el marco de una historia nacional consensual, y un momento performativo que, a través del recurso repetitivo literal, disemina los significados, los torna inestables y objeto de conflicto a pesar de la aparente fijeza de los significantes a los cuales se unen (Bhabha, 2000 y 2002). La diseminación de lo nacional en Colombia cuestiona la homogeneidad de representaciones clave para la narración de la nación, pospone la homogeneización en un futuro imposible de determinar y produce la diferencia al construir una nación plural pero profundamente desigual, con sectores que habitan tiempos y espacios diferentes —lo primitivo y los territorios-Otros—. ¿Quiénes son los ciudadanos cuando buena parte de los habitantes del territorio nacional son considerados salvajes? ¿Cuál es el territorio nacional real si grandes extensiones de éste no tienen presencia del Estado y de los civilizados?

Territorialmente, la nación se narra a través de la retórica del extrañamiento: los habitantes de las tierras altas observan desde allí los valles interfluviales, las costas, la Orinoquia y la Amazonia, y descubren los territorios sobre los cuales debe descender la civilización (Gómez, 1970, Osorio, 1932 y Samper, 1969). Pero

al mismo tiempo las tierras altas se diferencian entre sí: sin duda no son igualmente aptas para el progreso la sabana cundiboyacense o las vertientes antioqueñas que las montañas de Nariño (López de Mesa, 1934). De igual forma las tierras bajas se diferencian internamente, siendo la Amazonia el lugar privilegiado en la imaginación nacional.

Desde esta perspectiva, la construcción de las regiones fue inseparable, en nuestro país, de la construcción de una nación que se imagina como plural y fragmentaria (Appelbaum, 2003; Arias Vanegas, 2005; Múnera, 2005). No es que la heterogeneidad impidiera, entonces, imaginar la nación, sino que ésta fue la singular forma en que se representó. La élite intelectual colombiana ligada a los partidos tradicionales impulsó esa representación diversa y fragmentada de la nación, pues, si por un lado planteó en numerosas ocasiones la necesidad de la homogeneización, también exacerbó en ese proceso la representación de la diferencia al ubicar a los Otros, en especial a los Otros étnicos en otro tiempo, a través de una retórica marcadamente alocrónica —en la cual no se reconoce la contemporaneidad de los sujetos considerados primitivos (Fabian, 1991)—, y al plantear la correspondencia exacta entre los pobladores y los territorios, construyendo una verdadera geografía racial en la cual a cada región se le asignó un determinado grado de moralidad, orden y capacidad de progreso (Appelbaum, 2003, Villegas, 2005a y 2005b).

Tal vez la región que concentró mayor grado de alteridad y menor capacidad de progreso endógeno en Colombia fue la Amazonia en su condición de territorio de frontera por excelencia, al ser simultáneamente una frontera político-administrativa, una frontera de la civilización y una frontera intercultural (Gómez, 2001; Santoyo, 1999; Cairo Silva, 2001). Este carácter fronterizo hizo que fuera no pocas veces imaginada como un territorio vacío —de personas civilizadas— que podía ser utilizado como un espacio receptor para ser llenado por la población sobrante del interior del país (Gómez, 2000; Jaramillo, 2005). En definitiva, la élite intelectual y seguramente buena parte de la población consideró a lo *amazónico* como el revés de los espacios nacionalizados, dada la ausencia del Estado, el alejamiento de los núcleos urbanos de las cordilleras y la presencia de etnias aparentemente aisladas, puras, belicosas y prístinas (Serje, 2005). En este contexto, la Amazonia fue representada como un territorio-Otro, es decir, un territorio poseído por los Otros y en donde el Nosotros corría el peligro de disolverse en la alteridad y volverse un extraño para todos y para sí mismo.

Este tipo de territorio no es, en sentido estricto, un espacio marginal, aunque se encuentre en los márgenes de la nación; por el contrario, en estos márgenes la nación se juega su futuro, como lo comprendieron no sólo los académicos de las últimas décadas sino también los intelectuales de principios del siglo, quienes eran conscientes que esta región era un lugar de encuentro y de conflicto imperial durante la Colonia y que en su momento lo seguía siendo para las naciones que habían heredado la Amazonia (López de Mesa, 1934; Uribe Uribe, 1979). Para Colombia, la Amazonia se convirtió en un territorio estratégico pues, por un lado, era uno de los

territorios susceptibles de seguir el mismo destino de Panamá, y al igual que ésta era representada como pletórica de riquezas inimaginables e inaprovechadas. El caucho fue una de ellas y tal vez la más relevante desde la última década del siglo XIX, tanto así que prácticamente todos los relatos de viaje o reflexiones sobre los territorios amazónicos se preocupan por él. Efectivamente, desde mediados del siglo XIX este producto silvestre se convirtió en un elemento clave de la producción industrial y la Amazonia se consolidó como su principal proveedor hasta la consolidación de los cultivos de caucho en el sudeste asiático, lo cual redujo el porcentaje de la participación del caucho amazónico en la producción mundial de un 60% en 1900 a un 27% en 1914, y a un 2% en 1930 (Domínguez y Gómez, 1990). En el caso colombiano, el caucho inició su ola de extractivismo aproximadamente desde 1885, justo después de la pérdida de competitividad de la quina (Pineda Camacho, 2000).

La vorágine (1924) de José Eustasio Rivera y *Toá. Narraciones de caucherías* (1933) de César Uribe Piedrahíta se ubican en este contexto, en la compleja intersección entre las ideas de la exuberancia de lo amazónico, de la defensa de la soberanía nacional y de las inagotables riquezas de la zona. Estas tres ideas se articularon desde la penúltima década del siglo XIX gracias a la explotación cauchera.

La Amazonia literaria, del margen al centro de la nación

Si bien durante todo el siglo XIX hizo carrera la idea de que la civilización en Colombia sólo era posible en las tierras medias y altas, la representación de la Amazonia como la tierra prometida, el futuro de la nación al que había que llegar, es decir, descender, no fue extraña. Efectivamente, desde mediados del siglo XIX es posible observar lo que algunos autores (Palacio, 2001; Palacios y Safford, 2002) han llamado conquista de las tierras bajas; ésta implicó un cambio en el balance demográfico del país, pues el porcentaje de población ubicado en la cordillera oriental fue disminuyendo lentamente gracias al paulatino incremento poblacional de las otras dos cordilleras y de los valles intermedios. A comienzos del siglo XX este proceso estaba bastante consolidado y el territorio del Sur aparecía como la nueva zona de frontera por excelencia, más aún si consideramos que era una tierra todavía en disputa, pues como lo planteó Santiago Pérez Triana, “Ni nuestros límites territoriales siquiera, han sido todavía definitivamente fijados, de suerte que se hallan en tela de juicio extensiones de terreno tan grandes y tan ricas, que bastarían ellas solas para ser el asiento de una nación grande y próspera” (1907: XIII).

La conquista de la Amazonia era, entonces, el paso más importante en la nacionalización del territorio percibido como propio por la dirigencia colombiana, pues, por un lado, las tierras del interior ya se hallaban escrituradas —aunque no necesariamente explotadas— (López, 1927) y, por el otro, la exuberancia de la vegetación corroboraba la imagen de su magnífica aptitud para la agricultura, aunado a esto que sus caudalosos ríos se veían como los afluentes naturales que permitirían el comercio a gran escala. Cumplir el sueño de Humboldt, de ver en estas tierras

populosas ciudades, parecía ser sólo cuestión de tiempo y de esfuerzo. Las selvas del sur eran representadas como tierras vastas, vacías (es decir, habitadas por poblaciones no cristianizadas, no productivas, salvajes; en definitiva, personas que mantenían las tierras baldías) y productoras en potencia de inagotables productos para la agroexportación, al tiempo que fuente de recursos prácticamente ilimitados para las economías extractivas.

La selva, esa *mancha verde* que cubría más de la mitad de la república, no podía dejar de imponer su sello a la nación (recordemos que gracias al neolamarquismo vigente la importancia del entorno en la constitución de lo social fue central y la naturaleza se imaginó como el cuerpo de la nación [Pedraza, 2004a y 2004b; Stepan, 1991]), y ese sello indeleble de la naturaleza causaba también la desorientación del viajero y transformaba la selva en un laberinto verde en medio del cual la naturaleza se tornaba en una pertinaz enemiga y en un mundo mágico que sólo podía ser conjurado con fetiches, rezos y ritos arcanos (López de Mesa, 1934). La desorientación y la “magia” eran tan fuertes que internarse en la selva se transformaba, no pocas veces, en un desplazamiento en el tiempo en que los viajeros podían ser testigos de la lucha por la existencia de los nativos contra seres de otra era, como bien se aprecia en esta vivencia del personaje central de *Toá*: “Antonio miraba entusiasmado la tremenda belleza de la escena primitiva. En esa laguna erizada de troncos muertos y cubierta de juncas y de algas pegajosas, creía ver un paisaje perdido en la era mesozoica. Los salvajes desnudos cazaban un gigantesco plesiosaurio o un lagarto prehistórico” (Uribe Piedrahíta, 1992: 152). Pero el mayor peligro no era ese, según se lee en *La vorágine*: “Algo peor todavía, la selva trastorna al hombre, desarrollándole los instintos más inhumanos: la crueldad invade las almas como intrincado espinoso, y la codicia quema como fiebre. El ansia de riquezas convalece al cuerpo ya desfallecido, y el olor del caucho produce la locura de los millones” (Rivera, 1985: 109).

La selva se venga, en una lucha desigual, ante el hombre que confiado e ingenuo cree vencerla; los caucheros, protagonistas de las epopeyas civilizadoras y productoras de salvajismo, narradas por *Toá* y *La vorágine*, no son la excepción a pesar de su rudeza: al afrontar el salvajismo con más salvajismo sólo logran la intensificación de éste y su derrota ante las fuerzas de la naturaleza. En la selva la riqueza, el sexo y el poder parecen obtenerse fácilmente, y los caucheros son cegados por esta ilusión; buscan vencer la selva, imponerse a ella, pero son inconscientes —salvo centellas de lucidez— de su ingenuidad. Sólo algunos personajes, seres fronterizos como el Pipa —un mestizo que ha vivido largamente con los indígenas—, logran descifrar la naturaleza tropical y oírla en medio de un trance inducido por el yagé:

[El Pipa] Dijo que los árboles de la selva eran gigantes paralizados y que de noche platicaban y se hacían señas. Tenían deseos de escaparse con las nubes, pero la tierra los agarraba por los tobillos y les infundía la perpetua inmovilidad. Quejábanse de la mano que los hería, del hacha que los derribaba, siempre condenados a retoñar, a florecer, a gemir, a perpetuar, sin fecundarse, su especie formidable, incomprendida. El Pipa les entendió sus airadas voces, según las cuales debían ocupar barbechos, llanuras y ciudades,

hasta borrar de la tierra el rastro del hombre y mecer un solo ramaje en urdimbre cerrada, cual en los milenios del Génesis, cuando Dios flotaba todavía sobre el espacio como una nebulosa de lágrimas (Rivera, 1985: 90).

Si los caucheros no son capaces de escapar a estas fuerzas, mucho menos lo serán el joven médico Antonio de Orrantía y Arturo Cova, aspirante a poeta, dos personajes miembros de la reducida capa culta de Colombia, de esa élite letrada que desde mediados del siglo XIX construyó una imagen de sí misma como unos exiliados interiores (Figuroa, 2001) en islotes de civilización que eran las tierras altas, cercadas por una masa enorme de tierra caliente, insalubre, improductiva y habitada por salvajes (Samper, 1969). Ambos personajes viven, sufren y perciben la tropicalidad de la selva a través de los modelos que su condición de letrados de principios del siglo XX les permitía. Estos modelos provenían de la historia natural, con su interés en recolectar y clasificar las especies alrededor del mundo para establecer un catálogo de los seres vivos; de las decimonónicas ciencias del hombre con su ordenamiento de las variedades humanas en una jerarquía naturalizada de la diferencia y la similitud; y de la medicina y su construcción de enfermedades propias y exclusivas del trópico. La articulación de ello produjo una representación del trópico como un espacio de enfermedad permanente, con un paisaje caracterizado por la abundancia y habitado por un tipo particular de gente —salvaje y frecuentemente degenerada— (Stepan, 2001).

El médico y el poeta, figuras verdaderamente exóticas en un mundo de indígenas y caucheros, vagabundean detrás de las que consideran sus mujeres,¹ continuamente enfermos, reducidos ante un territorio que con su carácter malsano ataca y aleja a la civilización. Este vagabundear, fruto sin duda del embotamiento de los sentidos producidos por el laberinto verde, es parte del sino trágico de quienes se adentran en la selva. Antonio de Orrantía y Arturo Cova pierden la capacidad de salir, su escape es imposible, pues incluso los caucheros verdaderos que logran evadirse sólo lo hacen para querer regresar; eso es a lo que Clemente Silva, el sagaz guía y personaje de *La vorágine*, llama embrujamiento de la montaña, provocado por árboles que en un parque se volverían amistosos pero que continuamente sangrados buscan vengarse:

Un sino de fracaso y maldición persigue a cuantos explotan la mina verde. La selva los aniquila, la selva los retiene, la selva los llama para tragárselos. Los que escapan, aunque se refugien en las ciudades, llevan ya el maleficio en cuerpo y alma. Mustios, envejecidos, decepcionados, no tienen más que una aspiración: volver, volver, a sabiendas de que si vuelven perecerán (Rivera, 1985: 181).

A pesar del inclemente ataque de la naturaleza contra quienes buscan poseerla, civilizarla, sin la calma y los medios suficientes, no es ella el principal enemigo: éste

1 Sin embargo, ninguno la obtiene plenamente: recordemos que Rivera nos recuerda que “el que buscó la novia, halló el desdén; el que soñó la esposa, encontró la querida” (1985: 137).

no es otro que el mismo ser humano, como pronto lo percibieron Orrantía y Cova. La lucha biológica, a pesar de su dureza, es inferior a la violencia del “hombre blanco, lascivo y codicioso, [que] violaba bestialmente la naturaleza y pensaba dominarla así” (Uribe Piedrahíta, 1992: 41). Como comenta Pineda Botero (1999) al referirse a *La vorágine*, pero aplicable también a *Toá*, en la selva el papel de amo está libre de responsabilidades morales pues tanto éste como el esclavo son víctimas de la maldición que el entorno ha lanzado sobre ellos. Como quiera que sea, ahí encontramos el carácter de denuncia de las novelas. Ni José Eustasio Rivera ni César Uribe Piedrahíta podían permanecer impasibles, ninguno podía escribir inocentemente luego de las permanentes denuncias sobre el infierno verde de las caucherías (Casement, 1995, Olarte Camacho, 1932, Thomson, 1995 y Urrutia, 1912).

Ambos autores escriben y ayudan a construir una literatura que se aleja, aunque comparte algunos de sus elementos, de las ficciones fundacionales decimonónicas. Este nuevo tipo de novelística, de carácter populista, insiste en trazar las fronteras entre la tierra amada y la tierra extranjera y en determinar los derechos de explotación nacional sobre ella. Desde esta perspectiva, los hombres deben salir de sus hogares para enfrentar a los usurpadores: los ciudadanos letrados se transforman en soldados-ciudadanos (Sommer, 2004). *La vorágine* y *Toá* insisten en el carácter nacional del territorio en disputa y en los frecuentes atentados contra la soberanía por parte de los países vecinos y los colombianos traidores. Venezuela y Brasil son mirados con recelo, pero es ante Perú que la denuncia adquiere pleno sentido, pues había una extensa región en litigio entre los ríos Putumayo y Caquetá. Esta región fue propiedad indiscutible de la Compañía Amazónica Peruana, más conocida como Casa Arana durante la primera década del siglo xx, tal como lo relata Roger Casement, quien exploró la zona en 1910 comisionado por la *Foreign Office* del Gobierno del Reino Unido:

Desde el principio hasta el fin, no encontré a ninguna autoridad del gobierno peruano, y no pude pedir asistencia alguna excepto a la Compañía Amazónica Peruana, que no sólo tenía bajo su control a todas las personas y vidas de los indígenas de los alrededores, sino a todos los medios de transporte y podría decirse, a los ingresos y egresos de la región (1995: 175).

El peruano Julio César Arana comenzó a comprar caucho en el Putumayo en 1889, y pronto los caucheros colombianos requirieron constantemente de él para abastecerse, sobre todo cuando se interrumpió el suministro del interior de Colombia por la Guerra de los Mil Días. En 1901, Arana entró en negocios con Larrañaga, Ramírez y Cía., y en 1903 fundó la Casa Arana Hermanos. Poco a poco fue comprando, mediante presiones y asesinatos, las diferentes secciones, escudándose en la pasividad del gobierno colombiano, los vínculos políticos con el gobierno de Perú y el interés de este último en la nacionalización de la Amazonia aun bajo manos privadas (Domínguez y Gómez, 1990 y 1994; Pineda Camacho, 2000).

Ante la expansión peruana, una serie de publicistas colombianos reivindicaron la misión civilizadora de Colombia, la cual iniciaba, según ellos, con la acción de jesuitas y franciscanos en la Colonia. Sin embargo, los mismos publicistas reconocían frecuentemente que esta misión se veía entorpecida por el difícil carácter del territorio y por los intereses comerciales vigentes. La acción gubernamental colombiana se dificultó aún más, pues la expansión de Arana se dio en buena medida durante la Guerra de los Mil Días. No obstante, es en este contexto en el cual César Uribe Piedrahíta ubica la llegada de Antonio de Orrantía como inspector del Gobierno colombiano. Incluso desde su misma estadía en La Perdiz, la puerta de entrada a la zona de explotación cauchera, este personaje conoce la opinión del empresario del caucho Pedro Pizarro:²

Esa gente es ambiciosa y sin escrúpulos. Además, dicen que los respalda el Gobierno del Perú y por eso avanzan cada día, compran las agencias colombianas haciendo enredos y forzando ventas. Primero se asocian con los colombianos incautos o demasiado amigos del dinero, y luego arreglan las cosas de modo que, si no venden... atropellan y roban. Usted verá personalmente lo que está pasando y podrá informar al Gobierno de Bogotá. Yo veo la cosa mala... A menos que el Gobierno ayude. Pero con estas guerras entre hermanos y tantas dificultades para la administración, todo se perderá. ¡Dios no lo quiera! No veo claro ni puedo pensar qué es lo que va a pasar por estas selvas (1992: 37).

Tanto *Toá* como *La vorágine* narran la historia del abandono de la tierra, de los ciudadanos colombianos —caucheros— y de los potenciales ciudadanos o salvajes —recuérdese la Ley 89 de 1890—. Pero a pesar de su apatía, o tal vez por esto mismo, el Estado es una presencia continua en estas novelas: es invocado una y otra vez para que proteja los intereses nacionales a sangre y fuego (Ordóñez, 1987 y 1993; Piotrowski, 1988).

Antonio de Orrantía y Arturo Cova como personajes letrados son encomendados, en el caso del primero, o se arrojan, en el del segundo, la tarea, a través de sus escritos, de obligar al Gobierno nacional a asumir sus responsabilidades en la zona de litigio y demostrar así que merece conservar esas ricas tierras (Figuera, 2000; Escobar, 1993). En un artículo original de 1906, el general Rafael Uribe Uribe planteaba la cuestión con claridad: “No hay más **justa** posesión que la posesión continuamente **justificada**. Poseer es conquistar perpetuamente; poseer es reconquistar todos los días, contra rivales más y más numerosos, y más y más encarnizados” (1979: 393). Para Uribe Uribe, la política internacional era una política darwiniana en la cual el

2 Pedro Antonio Pizarro, senador de Colombia y empresario cauchero, fundador junto a Francisco Gutiérrez de la agencia La Perdiz. Pizarro participó en el contrato entre el gobierno colombiano y Cano, Coello y Cía., en el cual se otorgó a ésta el derecho de navegación por los ríos Putumayo y Caquetá, y la obligación de abrir vías de comunicación hacia la región conformada por ambos ríos. Este compromiso nunca se cumplió y, por el contrario, la compañía cedió la concesión a los peruanos, siendo acusado Pizarro de traición a la patria. Sin embargo, César Uribe Piedrahíta destaca su patriotismo en *Toá*.

socialismo hablaba de expropiación entre clases y el imperialismo de expropiación entre razas; en definitiva, la supervivencia del más fuerte, en la cual los inferiores en la lucha por la vida son despojados. En el marco de esta política, la única opción posible era demostrar la valía de la nación a través de una decidida reacción estatal capaz de reducir a los indígenas, proteger la región con fuerza armada y vivificar los lazos de la Amazonia con el resto del país a través de un flujo de colonos.

La ambigua posición de los indígenas

Otro escrito del general Uribe Uribe, difundido en 1907 y dirigido al presidente de la República, a los arzobispos y obispos de Colombia, a los gobernadores y a la Academia de Historia, expone claramente los alcances y beneficios de la acción gubernamental:

En resumen se trata: 1.º Conquistar los dos tercios del territorio nacional, que no pueden poblarse por causa de los bárbaros que los dominan; 2.º Adquirir 300.000 brazos para las industrias extractivas, pastoril y de transportes internos, ya que mientras no haya caminos racionales, son ellos los únicos que pueden explotarlas. Tornar productiva una masa tan considerable de población nacional, hoy ociosa, es por lo menos tan importante como traer brazos del extranjero. Esos brazos indígenas serán también los más propios para la defensa de nuestras fronteras y los más aptos como predecesores de la raza caucásica en comarcas tan fértiles como bravias; 3.º Establecer la paz y seguridad de muchas poblaciones, y evitar así en lo futuro la efusión de sangre, gastos ingentes y riesgos de la soberanía; y 4.º cumplir el deber humanitario impuesto por Cristo a todo pueblo civilizado delante de los pueblos bárbaros, en las siguientes sublimes palabras del Evangelio: **Itē ad eos qui in tenebris et in umbra mortis sedent, ad dirigendum pedes eorum in viam pacis:** id hacia aquellos que yacen sentados en las tinieblas y sombras de muerte, y dirigid sus pasos por las vías de la paz (1979: 330).

Al intervenir de esta forma, el Estado acabaría con la irracionalidad de la explotación económica de los peruanos quienes sangraban los árboles y la mano de obra hasta matarlos, pues, como le comenta el empresario cauchero Gregorio Calderón a Antonio de Orrantía, “Ese informe suyo tiene que decidir al Gobierno... o si no, nos llevan todos los diablos, y al fin se acaban las tribus, se agota el caucho y esto se vuelve un desierto. ¿No ve que a los peruanos no les importa? Si esto es una finca ajena y trabajando con esclavos que nada les cuesta y que reponen acorralando las tribus a bala” (Uribe Piedrahíta, 1992: 80).

El salvajismo de la economía extractiva cauchera en el Putumayo cobró relevancia internacional gracias a las denuncias publicadas en el periódico londinense *The Truth* por Walter Hardenburg, quien había recorrido la región. Estas denuncias motivaron al Gobierno del Reino Unido a investigar; además, Julio César Arana, en una inteligente maniobra, había vendido acciones de su empresa —ahora denominada *Peruvian Amazon Company*— a inversionistas británicos, y había contratado a varios nativos de Barbados que en ese momento eran súbditos de la corona inglesa. La investigación fue emprendida por Roger Casement, cónsul del Reino Unido en Rio

de Janeiro y que había investigado ya un caso similar en el Congo belga (Taussig, 2000). La información recopilada por Casement fue la base de la indagación que se desarrolló en la Cámara de los Comunes entre 1912 y 1913, en la cual fueron interrogados Julio César Arana, algunos de sus empleados y los inversionistas ingleses, quienes debieron responder por las acusaciones de torturas, robos, asesinatos y esclavitud que habían sido formuladas inicialmente por Hardenburg, corroboradas por Casement y ampliadas por muchos otros.

Los diferentes escritos sobre el tema, además de resaltar la irracionalidad económica de la explotación —pues iba en contra de sus propias condiciones de producción y reproducción—, también denunciaban el tratamiento que se les daba a los indígenas —principal fuerza de trabajo—, a los barbadenses y a los caucheros mestizos provenientes de las repúblicas latinoamericanas. La mayoría de estos informes narran detalladamente, y en ocasiones con los nombres propios de las víctimas y los victimarios, flagelaciones, condenas al cepo, mutilaciones, violaciones, estrangulamientos y asesinatos por diversos medios que iban desde ser quemados vivos hasta la muerte por inanición. Todos estos relatos estaban ya disponibles cuando Rivera y Uribe Piedrahíta escribieron sus novelas.

En ese contexto, los indígenas fueron objeto de una representación contradictoria que en ocasiones enfatizaba su canibalismo y estado permanente de guerra, y que en otras destacaba su inocencia y carácter pacífico. Ambas imágenes fueron ampliamente manipuladas, pues la primera justificaba la labor civilizadora de la explotación cauchera mientras que la segunda servía para denunciar a los gobiernos o empresas rivales. Roger Casement planteó al respecto que

Las tribus del Putumayo en manos de hombres rectos podrían haberse convertido en hombres y mujeres buenos, útiles e inteligentes trabajadores, bajo una honesta administración. Entrenados para ser asesinos, con el peor ejemplo que jamás hayan dado hombres a otros hombres, cotidianamente sujetos a la imitación de individuos frecuentemente movidos por la codicia, lujuria y crueldad, de tal manera que me preguntaba cómo pudo haber sobrevivido tanta bondad entre aquellos que quedaban (1995: 193).

Sin embargo, aquella bondad prontamente desaparecería, pues vaticinaba la muerte de todos los indígenas en un plazo de diez años si la situación se mantenía. La supervivencia de los indígenas y su tratamiento indigno y salvaje hicieron que la cuestión no fuera tomada como un asunto limítrofe entre dos naciones sudamericanas sino como un asunto de la humanidad en su conjunto, al estar en juego las reglas mismas de la civilización (Olarte, 1932).

La polémica internacional sobre la explotación cauchera permitió, pues, que la protección de los indígenas fuera un argumento central en la justificación de la soberanía nacional peruana o colombiana en el área de Putumayo. Colombia obtuvo para ello una gran ayuda de los argumentos del cónsul estadounidense en Iquitos, quien planteó que el sistema económico del área de influencia de Iquitos estaba basado en la servidumbre indígena, que era vista como un hecho natural por las razas

inferiores; aunado a esto se debía tener en cuenta la influencia de Julio César Arana en Iquitos y en Lima, y la crisis generalizada del caucho amazónico que hacía que la élite buscara ejercer un control mayor sobre la mano de obra (Thomson, 1995). En todo caso, y a pesar de lo que reportan los diferentes informes y lo que resaltan continuamente las novelas aquí referidas, la explotación por parte de los colombianos estuvo enmarcada también en relaciones profundamente violentas. Crisóstomo Hernández, uno de los pioneros de la cauchería colombiana, acuñó la expresión de *trabajo y paz o guerra siempre* para describir sus relaciones con los indígenas de la zona, las cuales incluían el secuestro de mujeres y de niños y el sitio de las malocas hasta que los indígenas trajeran el caucho demandado (Pineda Camacho, 2000).

No es inadecuado afirmar, como lo hicieron Gómez, Lesmes y Rocha (1995), que el conflicto colombo-peruano comienza con la expansión de la Casa Arana en Putumayo y no con la toma de Leticia por parte de los peruanos. Si bien el conflicto se concentró en la frontera colombo-peruana no fue un asunto exclusivo de esta zona, como lo ejemplifica claramente *La vorágine* y, antes de ella, el informe presentado en 1923 por Melitón Escobar Larrazábal y José Eustasio Rivera (1990) al Ministerio de Relaciones Exteriores, en el marco de la Comisión de Límites con Venezuela. En él se denuncia, nuevamente, la esclavitud de los indígenas y de los caucheros colombianos, incluso a manos de compatriotas como Julio Barrera, quien servirá de modelo para el futuro antagonista de Arturo Cova en *La vorágine*.

En definitiva, y a pesar del amplio despliegue discursivo y poblacional que vivió la Amazonia colombiana a finales del siglo XIX y a principios del siglo XX, esta zona continuó siendo conocida y representada como una región fantasmagórica en la que el Estado y la vida urbana estaban proscritos y primaba la violencia, el pasado, la alteridad étnica y la amenaza internacional. Buena parte de estos motivos han sido reactualizados en un contexto en el cual el caucho ha sido reemplazado por la coca, lo cual ha vuelto a disparar la imaginación nacional y a reubicar la periferia en el centro de los intereses y preocupaciones por la conformación y consolidación de eso que llamamos Colombia

Bibliografía

- Appelbaum, Nancy (2003). *Muddied waters. Race, region, and local history in Colombia, 1846-1948*. Duke University Press, Durham y London.
- Arias Vanegas, Julio (2005). *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racismo y taxonomías poblacionales*. Universidad de los Andes, Bogotá.
- Beriain, Jostetxo (1990). *Representaciones colectivas y proyecto de modernidad*. Anthropos, Barcelona.
- Benjamin, Walter (1982). *Discursos interrumpidos*. Taurus, Madrid.
- Bernard, Carmen (2001). "Mestizos, mulatos y ladinos en Hispanoamérica: un enfoque antropológico de un proceso histórico". En: León-Portilla, M. (coord.). *Motivos en antropología americanista. Indagaciones en la diferencia*. F. C. E., México, pp. 105-133.
- Bhabha, Homi K. (2002). *El lugar de la cultura*. Manantial, Buenos Aires.

- Bhabha, Homi K. (2000). "Narrando la nación". En: Fernández Bravo, Á. (comp.). *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Manantial, Buenos Aires, pp. 211-219.
- Bourdieu, Pierre (2001). *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Akal, Madrid.
- Cairo Silva, Carlos Luis del (2001). "Sobre salvajes, civilizados y territorios ausentes: estructuras de larga duración en la colonización de las selvas orientales de Colombia". En: *Novum*. Universidad Nacional de Colombia, Manizales, N.º 24, pp. 41-56.
- Casement, Roger (1995). "Reportaje sobre el Putumayo". En: Gómez, A.; Lesmes, A. C. y Rocha, C. *Caucheries y conflicto colombo-peruano. Testimonios, 1904-1934*. Coama y Unión Europea, Bogotá, pp. 139-196.
- Chartier, Roger (1996a). *El mundo como representación. Historia cultural entre práctica y representación*. Gedisa, Barcelona.
- _____ (1996b). *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin*. Manantial, Buenos Aires.
- Domínguez, Camilo y Gómez, Augusto (1994). *Nación y etnias. Los conflictos territoriales en la Amazonia, 1750-1930*. Disloque Editores, Bogotá.
- _____ (1990). *La economía extractiva en la Amazonía colombiana, 1850-1930*. Tropenbos Colombia, Corporación Colombiana para la Amazonía Araracuara, Bogotá.
- Durkheim, Émile (1982). *Las formas elementales de la vida religiosa. El sistema totémico en Australia*. Akal, Madrid.
- Durkheim, Émile y Mauss, Marcel (1971). "De quelques formes primitives de classification". En: Mauss, M. *Essais de sociologie*. Editions Minuit, Paris, pp. 162-230.
- Dussel, Enrique (2000). "Europa, modernidad y eurocentrismo". En: Lander, E. (comp.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires, pp. 41-53.
- Escobar Mesa, Augusto (1993). *Naturaleza y realidad social en César Uribe Piedrahíta*. Concejo de Medellín, Medellín.
- Escobar, Juan Camilo (2000). *Lo imaginario. Entre las ciencias sociales y la historia*. Eafit, Medellín.
- Escobar Larrazábal, Melitón y Rivera, José Eustasio (1990). "Informe de la Comisión de límites con Venezuela al Ministro de Relaciones Exteriores". En: Domínguez, C. y Gómez, A. *La economía extractiva en la Amazonía colombiana, 1850-1930*. Tropenbos Colombia, Corporación Colombiana para la Amazonía Araracuara, Bogotá, pp. 127-139.
- Fabian, Johannes (1991). *Time and the work of anthropology. Critical essays 1971-1991*. Harwood Academic Press, Chur.
- Figueroa, Mario Bernardo (2000). "La voráGINE de nuestro malestar: de Rivera a Mutis". En: Jaramillo, M. M.; Osorio, B. y Robledo, A. I. (comps.). *Literatura y cultura. Narrativa colombiana del siglo XX. Volumen 1. La nación moderna. Identidad*. Ministerio de Cultura, Bogotá, pp. 661-700.
- Figueroa Pérez, José Antonio (2001). *Del nacionalismo al exilio interior: el contraste entre la experiencia modernista en Cataluña y en los Andes americanos*. Convenio Andrés Bello, Bogotá.
- Gómez, Augusto (2001). "Raza, 'salvajismo', esclavitud y 'civilización': fragmentos para una historia del racismo y de la resistencia indígena en la Amazonía". En: Franky Calvo, C. y Zárate Botía, C. (eds.). *Imani mundo. Estudios en la Amazonía colombiana*. Universidad Nacional de Colombia, sede Leticia, Bogotá, pp. 199-228.
- _____ (2000). "Amazonia: tierra de los desterrados". En: Tocancipá, J. (ed.). *La formación del Estado nación y las disciplinas sociales en Colombia*. Universidad del Cauca, Popayán, pp. 90-111.

- Gómez, Augusto; Lesmes, Ana Cristina y Rocha, Claudia (1995). *Caucherías y conflicto colombo-peruano. Testimonios, 1904-1934*. Coama y Unión Europea, Bogotá.
- Gómez, Laureano (1970). *Interrogantes sobre el progreso de Colombia. Conferencias dictadas en el Teatro Municipal de Bogotá*. Editorial Revista Colombiana, Bogotá.
- González Echevarría, Roberto (2000). *Mito y archivo. Una teoría de la narrativa latinoamericana*. F. C. E., México.
- Jaramillo Giraldo, Myriam Luz (2005). "Elite y naturaleza. ¿Naturaleza de elite?". En: *Nómadas*. Universidad Central, Bogotá, N.º 22. pp. 86-100.
- López, Alejandro (1927). *Problemas colombianos*. Editorial Paris-América, París.
- López de Mesa, Luis (1934). *De cómo se ha formado la nación colombiana*. Librería Colombiana, Bogotá.
- Mato, Daniel (2001). "Producción transnacional de representaciones sociales y transformaciones sociales en tiempo de globalización". En: Mato, D. (comp.). *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires, pp. 127-159.
- Mignolo, Walter (1999). "Globalización, procesos civilizatorios y la reubicación de lenguas y culturas". En: Castro-Gómez, S. et al. (eds.). *Pensar (en) los intersticios. Teoría y práctica de la crítica poscolonial*. Centro Editorial Javeriano e Instituto Pensar, Bogotá, pp. 55-74.
- Múnera, Alfonso (2005). *Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano*. Planeta, Bogotá.
- Olarte Camacho, Vicente (1932). *Las crueldades de los peruanos en el Putumayo y en el Caquetá*. Imprenta Nacional, Bogotá.
- Ordóñez, Monserrat (1993). "La vorágine: la voz rota de Arturo Cova". En: *Manual de literatura colombiana. Tomo I*. Procultura y Planeta, Bogotá, pp. 433-518.
- _____ (comp.) (1987). *La vorágine: textos críticos*. Alianza Editorial, Bogotá.
- Osorio, Luis Enrique (1932). *Los destinos del trópico*. Cromos, Bogotá.
- Palacio, Germán (2001). "Introducción". En: Palacio, G. (ed.). *Naturaleza en disputa. Ensayos de historia ambiental de Colombia. 1850-1995*. Universidad Nacional de Colombia e ICANH, Bogotá, pp. 15-31.
- Palacios, Marco y Safford, Frank (2002). *Colombia: país fragmentado, sociedad dividida. Su historia*. Norma, Bogotá.
- Pedraza Gómez, Zandra (2004a). "El régimen biopolítico en América Latina. Cuerpo y pensamiento social". En: *Iberoamericana. América Latina-España-Portugal*. Instituto Ibero-Americano, Berlín, Vol. 4, N.º 15. pp. 7-19.
- _____ (2004b). "Y el verbo se hizo carne... Pensamiento social y biopolítica en Colombia". En: Castro Gómez, S. (ed.). *Pensar el siglo XIX. Cultura, biopolítica y modernidad en Colombia*. Universidad de Pittsburg, Pittsburg, pp. 185-199.
- Pérez Triana, Santiago (1907). "Prólogo". En: Triana, M. *Por el sur de Colombia. Excursión pintoresca y científica al Putumayo*. Garnier Hermanos, Libreros-Editores, París, pp. VII-XXIII.
- Pineda Botero, Álvaro (1999). *La fábula y el desastre. Estudios críticos sobre la novela colombiana 1650-1931*. EAFIT, Medellín.
- Pineda Camacho, Roberto (2000). *Holocausto en el Amazonas*. Planeta, Bogotá.
- Piotrowski, Bogdan (1988). *La realidad nacional colombiana en su narrativa contemporánea (aspectos antropológicos-culturales e históricos)*. Instituto Caro y Cuervo, Bogotá.

- Pizarro, Ana (2005). "Imaginario y discurso: la Amazonía". En: *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. Darmouth College, Lima-Hanover, Vol. 31, N.º 61, pp. 59-74.
- Quijano, Aníbal (2000). "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina". En: Lander, E. (comp.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires, pp. 201-246.
- _____ (1999). "Colonialidad del poder, cultura y conocimiento en América Latina". En: Castro-Gómez, S. et al. (eds.). *Pensar (en) los intersticios. Teoría y práctica de la crítica poscolonial*. Centro Editorial Javeriano e Instituto Pensar, Bogotá, pp. 99-109.
- Rama, Ángel (1984). *La ciudad letrada*. Ediciones del Norte, Hanover.
- Rivera, José Eustasio (1985). *La vorágine*. Biblioteca Ayacucho, Caracas.
- Rojas, Cristina (2001). *Civilización y violencia. La búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX*. Pontificia Universidad Javeriana y Norma, Bogotá.
- Samper, Miguel (1969). *La miseria en Bogotá y otros escritos*. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Sánchez, Gonzalo (1998). "Intelectuales... poder... y cultura nacional". En: *Análisis político*. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, N.º 34, pp. 99-119.
- Santoyo, Álvaro Andrés (1999). "Paisajes presentes y futuros de la amazonía colombiana. La lectura de Miguel Triana en 1907". En: *Revista de Antropología y Arqueología*. Universidad de los Andes, Bogotá, Vol. 11, N.ºs 1-2, pp. 117-154.
- Serje, Margarita (2005). *El revés de la nación. Territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*. Universidad de los Andes, Bogotá.
- Sommer, Doris (2004). *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*. Fondo de Cultura Económica, Bogotá.
- Stepan, Nancy Leys (2001). *Picturing tropical nature*. Cornell University Press, Ithaca.
- _____ (1991). "*The hour of eugenics*". *Race, gender, and nation in Latin American*. Cornell University Press, Ithaca y London.
- Taussig, Michael (2000). *Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje. Un estudio sobre el terror y la curación*. Norma, Bogotá.
- Thomson, Norman (1995). *El libro rojo del Putumayo. Precedido de una introducción sobre el verdadero escándalo de las atrocidades del Putumayo*. Planeta, Bogotá.
- Tobar, Aquileo (1990). "La conquista de la Huitocía". En: Domínguez, C. y Gómez, A. *La economía extractiva en la Amazonía colombiana, 1850-1930*. Tropenbos Colombia y Corporación Colombiana para la Amazonía Araracuara, Bogotá, pp. 201-226.
- Uribe Piedrahíta, César (1992). "Toá. Narraciones de caucherías". En: *Toá y Mancha de aceite*. Ediciones Autores Antioqueños, Medellín, pp. 21-180.
- Uribe Uribe, Rafael (1979). *Obras selectas. Tomo I*. Imprenta Nacional, Bogotá.
- Urrego, Miguel Ángel (2002). *Intelectuales, Estado y nación en Colombia. De la Guerra de los Mil Días a la Constitución de 1991*. Siglo del Hombre Editores y Universidad Central, Bogotá.
- Urrutia, Francisco José (1912). *Los crímenes del Putumayo. Circular del ministro de Colombia a los cónsules de Colombia en Bolivia*. Tipografía La Verdad, La Paz.
- Villegas Vélez, Álvaro Andrés (2005a). *Cuando el pueblo se vuelve raza. Racialismo, elite, territorio y nación (Colombia, 1904-1940)*. Tesis para optar al título de magíster en Historia. Universidad Nacional de Colombia, Medellín.
- _____ (2005b). "Raza y nación en el discurso de Luis López de Mesa: Colombia, 1920-1940". En: *Revista de Estudios Políticos*. Universidad de Antioquia, Medellín, N.º 26, pp. 209-232.